

Paloma Bordons

Paloma Bordons ha dedicado su oficio de escritora a la narrativa infantil y juvenil, es además poeta e ilustradora. Autora de una abundantísima bibliografía y ganadora de importantes premios literarios (Barco de vapor y Edebé de Literatura Infantil, entre otros) sus libros han sido traducidos a diversos idiomas. Es antigua alumna del Colegio Estudio

Creciendo entre bibliotecas

La experiencia de una ex alumna que hoy es escritora

Lo recuerdo muy bien. Yo de pie en un taburete, en la biblioteca del cole, leyendo en voz alta mi cuento. Era un concurso literario y gané el primer premio, una medalla de cartulina dorada donde alguien había dibujado (con poca habilidad) dos ramas de laurel. Supongo que se me impuso la medalla con los debidos honores, que para algo colgaba de un pedazo de lana negra, pero de eso no me acuerdo. Para mí el momento decisivo fue el de la lectura: yo contando algo que había salido de mi cabeza a todos mis compañeros de curso reunidos. Ellos escuchando atentos y silenciosos (o eso quiero creer). Increíble y maravilloso.

No diré que ese hecho me decidió a convertirme en escritora, pero indudablemente tuvo importancia para mí. Yo era ya por entonces una gran lectora, pero esa fue la primera vez que me acerqué a los libros desde el otro lado, el lado del autor. El premio me dio confianza en mi habilidad para escribir y ganas de seguir haciéndolo. La atención que me prestaron mis compañeros (yo era una niña tímida y callada, especialmente ante audiencias grandes) me hizo vislumbrar el poder que el narrador de historias puede tener sobre su público.

La biblioteca como asignatura

Calculo que yo tendría entonces ocho o nueve años. El concurso de cuentos había

sido organizado por la biblioteca de mi sección del Colegio Estudio. Tengo en mi cabeza una imagen bastante nítida de esta biblioteca, más nítida que fiel, al parecer: para escribir este artículo he contrastado opiniones con otra antigua alumna y no coincidimos en todo. Era, eso seguro, un lugar espacioso y con mucha luz natural. Lo único oscuro y angosto en ella era un cuartito (dos, corrige mi interlocutora) que contenía algunos de los libros y los ficheros. Creo que las aparentes deficiencias de este espacio añadían encanto a la búsqueda de los libros en las fichas. La luz tenue y la estrechez del cuartito convertían la labor en algo casi clandestino. Me sentía como el detective que busca datos comprometedores en la oficina del malhechor que puede volver en cualquier momento, y encontrar lo que buscaba no dejaba de ser un pequeño triunfo. Bueno, quizá exagero, pero la exageración es una prebenda del escritor. En cualquier caso, me atraía aquel cuartito.

Para nosotros los alumnos de Estudio, “biblioteca” era una asignatura más, como matemáticas o lengua. Durante las clases, la bibliotecaria nos enseñaba a manejar los ficheros y a localizar a partir de ellos los libros. Nos enseñaba cómo debíamos comportarnos en una biblioteca e intentaba inculcarnos el respeto por el libro no sólo como contenido sino también como objeto. De una de las paredes colgaba un póster con un “decálogo del libro”, cuyos mandamientos nos decían, entre otras cosas, que los libros no se pintan, que no se deben doblar las esquinas para marcar

las páginas o que las hojas deben pasarse por la esquina superior derecha. Todos los libros de la biblioteca estaban forrados con plástico transparente, y los profesores de las demás asignaturas insistían también en que forrásemos nuestros libros de texto para protegerlos, como si fueran un bien muy precioso. Muchas enseñanzas y costumbres de Estudio están tan grabadas en mi ser como si fueran parte de mi herencia genética, pero confieso que no siempre trato mis propios libros de acuerdo al decálogo, aunque tardé años en atreverme a desobedecer estas consignas.

Naturalmente, podíamos optar por acercarnos directamente a los libros, prescindiendo de las fichas, porque teníamos acceso libre a todas las estanterías. Cuando ya más mayor empecé a visitar bibliotecas públicas me decepcionó no poder consultar los libros antes de elegirlos. Una vez escogido un libro, nos sentábamos con él a una de las mesas. El decálogo no nos permitía hacer mucho ruido, pero tampoco había un silencio absoluto. Intercambiábamos en voz baja opiniones sobre nuestras lecturas y, una vez que terminábamos, nos tocaba escribir en una ficha la correspondiente “crónica” (así se llamaba oficialmente) sobre el libro recién leído. Estas crónicas eran como nuestros exámenes de la asignatura. Servían para que la bibliotecaria se asegurase de que algo leíamos, pero también la ayudaban a conocer nuestros gustos y orientarnos sobre futuras lecturas.

Sospecho que yo habría sido lectora aun sin la ayuda de esta estupenda biblioteca, pero creo que ayudó a aficionarse a otros compañeros que no tenían naturalmente esta tendencia. Niños que jamás habrían abierto un libro por gusto, al encontrarse en ese ambiente propicio y sin otra cosa que hacer, escogían uno y, a veces, ¡oh maravilla! hasta se ponían a leerlo. Y, en algunas de esas ocasiones, ¡oh maravilla de maravillas! daban con un libro que les atraía lo bastante como para hacerles seguir leyendo por placer y no por obligación. Porque sí, hay personas más lectoras que otras, pero decir que a uno “no le interesan los libros” es una afirmación tan desmesurada como decir que a uno no le interesa el mundo. En aquella biblioteca había libros sobre una gran variedad de temas, tanto divulgativos como de ficción, y de muy diversos niveles, incluyendo volúmenes más visuales que textuales para alumnos con poca capacidad de concentración o con dificultades de comprensión de la lectura. Era cuestión de tiempo que la mayoría de los usuarios de la biblioteca acabaran encontrando su “filón”.

Leer un libro en voz baja es en sí una actividad privada e individual, pero si leemos o no y lo que leemos está condicionado en gran parte por el medio en que nos movemos. Durante esa hora en que debíamos permanecer en la biblioteca, el funcionamiento de nuestro pequeño grupo social determinaba notablemente el acercamiento de cada uno de nosotros a los libros. Para empezar, se daba un fenómeno de contagio: los menos lectores veían a los más lectores inmersos en una actividad que evidentemente les agradaba (a mí, de niña, muchos libros me hacían reír a carcajadas) y eso les empujaba hacia los libros. La biblioteca era además un lugar propicio para el boca a boca y las recomendaciones: por supuesto, nos fiábamos más de los gustos de los miembros de nuestro “clan” que de los gustos de los adultos. Intervenía también el afán de emulación y el deseo de sentirse integrados: queríamos leer los mismos libros que nuestros amigos o los compañeros a los que admirábamos. Yo misma me recuerdo leyendo un libro sobre motos, que nunca se me hubiera ocurrido elegir, sólo por despertar el interés de un chico que me gustaba. No me convertí en una apasionada motera por eso, pero podría haber ocurrido ¿por qué no?, y fue una ocasión de aprender algo sobre un tema que me era completamente ajeno.

¿Por qué escribo?

Esa biblioteca que usé entre los ocho y los diez años es la que tengo más grabada en mi memoria y a la que tengo más cariño. Creo que fue también la que más influencia tuvo en mí. En ella leí libros que me marcaron mucho en mi posterior oficio de escritora para niños y jóvenes: la colección Noguer prácticamente entera, de la cual mis favoritos eran los libros de Michael Ende y de la familia Mumin, las aventuras de Oscar de Carmen Kurtz, los libros de Guillermo, de Kasperle, de Pippi Calzaslargas, las series de los Cinco, los Siete Secretos, los Hollister, Puck, Torres de Malora... Si hoy releo las traducciones al español de estos títulos, me resultan torpes y algo rígidas, pero quizá por ello sonaban especialmente exóticas en mi oído y mi cabeza retenía montones de palabras, expresiones y hasta párrafos que aun hoy recuerdo. Mi cerebro era por entonces una esponja. Creo que en esos años, leyendo aquellos libros, adquirí buena parte de mi vocabulario. Los personajes de Enid Blyton, por ejemplo, me hicieron una experta en cierto tipo de sinónimos. Ellos no sólo “decían”. Para evitar la repetición,

también mascullaban, gruñían, musitaban, murmuraban, exclamaban, vociferaban, balbuceaban y balbucían. Los niños aventureros bebían cerveza de jengibre o zumos de zarzaparrilla, cosas ambas que me parecían deliciosas precisamente porque no las conocía. Los malos eran “camorristas” o “individuos de mala catadura”. No solía preguntar o buscar el significado de esas expresiones, pero se quedaban grabadas en mi mente, donde tarde o temprano (a veces años más tarde) adquirirían su sentido.

En esa etapa ya me gustaba escribir, pero sólo empezaba cuentecillos que ilustraba yo misma y nunca terminaba, a no ser que fueran una tarea escolar, y que eran versiones más o menos distorsionadas de cosas que había leído. Cuando crecí, enterré mi idea de ser escritora. Me parecía una fantasía poco realista de la niñez, como la del chico que quiere ser futbolista o bombero. Volví a ella de forma repentina un día, cuando ya estaba vagando, sin mucha convicción, por otros caminos profesionales. Ese día cayeron en mis manos dos de mis libros favoritos de cuando era niña. No tenía nada mejor que hacer y los releí. Qué sorpresa. Por una especie de “efecto magdalena de Proust”, volví a sentir el encanto maravillado que había experimentado al leerlos por primera vez. Llevaba años sin sentir ese encanto que algunas lecturas me provocaban en la niñez y la adolescencia, y que raramente he sentido siendo adulta. Y decidí que quería intentar provocar esa emoción en otros niños. Llevo veinticuatro años en el empeño.

Cruzando el puente

Pero volvamos al colegio. Seguí creciendo y me tocó acceder a nuevas bibliotecas, porque cada sección de Estudio disponía de una biblioteca propia. Entré en el peliagudo tramo de la preadolescencia y adolescencia. Muchos lectores dejan de serlo en esta etapa de sus vidas: hay otras cosas que distraen su atención, quieren experimentar, no leer. El prestigio de los libros cae en picado, hasta el punto de que leer está a veces mal visto. Recuerdo, a este respecto, que la biblioteca de la tercera sección del colegio (la que atendía a los alumnos de doce a catorce años) organizaba periódicamente lo que se llamaba “libro forum”: alumnos seleccionados de todas las clases del curso se reunían para discutir un determinado libro en una especie de mesa redonda en la que, como cebo, se servían refrescos y cosas de picar. Debo decir para mi vergüenza que nunca

quise participar y no por falta de interés (en los libros y las patatas fritas), sino porque no quería pasar por uno de esos empollones que acudían a actividades escolares que no eran obligatorias. Definitivamente, ser intelectual no mola cuando uno tiene doce años.

De acuerdo, no tuve la suficiente madurez o independencia de criterio para acudir al “libro forum”, pero leer, leía. En algunos sentidos, necesitaba la lectura más que nunca porque me internaba en el terreno pantanoso de la preadolescencia y necesitaba un poco de orientación, que mis iguales sólo podían darme hasta cierto punto y los mayores de ninguna manera.

Los libros llamados infantiles se me quedaban pequeños pero no sabía cómo entrar en el universo de la literatura para adultos. Ahora existen numerosos libros clasificados como juveniles (que también consumen numerosos adultos: esta clasificación por edades, como toda clasificación, es simplificadora), pero en los años setenta eran muy pocos, y eso hacía que resultara más difícil cruzar el estrecho puente entre la literatura infantil y la adulta. Por ello me resultó tan conveniente tener a mano una biblioteca especializada en ese tramo de edad, donde la bibliotecaria (otra mujer, nunca conocí a un bibliotecario varón en Estudio) había hecho una criba en la literatura para adultos, seleccionando los libros que consideraban que nos podían interesar. Allí descubrí *El camino* y *La sombra del ciprés es alargada*, de Miguel Delibes, o *Nada*, de Carmen Laforet. Creo que leí también mi primer Hemingway, y *Juan Salvador Gaviota*, que fue en su momento el libro iniciático para jóvenes por excelencia. También devoraba las novelas de A. J. Cronin, de las que salieron tantas vocaciones médicas en mi generación, y las novelas sentimentales de Victoria Holt. Ahora esto último me avergüenza, pero supongo que esas lecturas colmaban la necesidad de romanticismo de una chica de doce o trece años. Eran en cierta forma el equivalente de hace treinta años de la saga *Crepúsculo* que tanto gusta a las chicas de hoy. Leí un montón de libros menores de autores hoy olvidados, que entonces me marcaron más que muchos clásicos, porque respondían a alguna inquietud mía del momento o estaban protagonizados por personajes con los que me identificaba.

¡Ay! Pero los fondos de las bibliotecas escolares que usé entre los doce y los diecisiete años habían sido escogidos por adultos, y el joven desconfía del criterio de los adultos. Naturalmente, las bibliotecarias habían dejado fuera de su selección lo que consideraban un peligro para nuestras



“mentes impresionables” o no apto para lectores de nuestra edad. Y eso era justo lo que más nos interesaba leer. Entré en contacto con el mundo de las bibliotecas públicas y exploré las estanterías de mi casa en busca de “material reservado”. A veces mis padres lo censuraban y debía leerlo a escondidas, lo que aumentaba considerablemente su atractivo. Recuerdo haber leído (con ese agradable cosquilleo que dan los riesgos menores) cosas tan disparres como *Cien años de soledad* o una edición de *Tiburón* del Círculo de Lectores. *Tiburón* lo leí en la playa y me quitó las ganas de bañarme durante todo el verano. ¿Tendrían razón los mayores en lo de las “mentes impresionables”?

El círculo se cierra

Hace casi treinta años que dejé el Colegio Estudio. Desde entonces he conocido muchas bibliotecas y prácticamente en todas me he sentido a gusto. Me atrae el ambiente especial, tranquilo pero car-

gado de electricidad, de ese lugar donde diversas personas practican en público el placer privado de la lectura. Como crecí sin Internet, aún me impresiona y me da cierto vértigo contemplar los libros alineados en las estanterías y pensar en la cantidad de cosas fascinantes que están encerradas entre las páginas y que nunca llegaré a abarcar. Me siento en casa porque desde muy pequeña me enseñaron a desenvolverse en ese entorno y entrar en una biblioteca nueva es un poco como volver a la primera, aquella del cuartito oscuro (perdón, cuartitos) donde leí en voz alta mi primer cuento.

Como escritora, a veces celebro encuentros con niños en bibliotecas. Hablo de mis libros, respondo a sus preguntas y les leo un cuento cortito o un fragmento. Aunque los chicos de hoy están más que acostumbrados a los encuentros con autores, aún me miran atónitos, como si les sorprendiese descubrir que soy una persona de carne y hueso. Y yo me maravillo como la primera vez, de que permanezcan en silencio escuchando mis palabras. ◀▶